

# LA VOZ DEL ABATE PIERRE

*Tiene unos labios extremadamente finos, una de esas bocas de las cuales sería terrible escuchar una maldición, la maldición contra la tibieza, el lujo o la crueldad...*

*Precisamente la maldición de esos labios que tanto parece temer José M.<sup>a</sup> Cabdevilla se hace realidad en este sermón sobre la caridad del Abate Pierre. Son sus labios los que se adelgazan hasta lo inverosímil para maldecir nuestra alegre inconsciencia de católico cómodos en la Iglesia de Dios.*

*Las palabras del Abate Pierre tienen toda la autenticidad del que distribuyó su hacienda entre pobres, el que parceló su finca de recreo en viviendas protegidas, y del que paseó ca-*

*ritativamente su mano abierta pidiendo para sus pobres pan y asilo en los bulevares de París. Ha sido el hombre que ha conmovido la conciencia social de muchos y ha sido capaz de volverlos al camino del amor al pobre, imagen viviente de Jesucristo. Y tienen también toda la sangrante crudeza de las palabras de Jesucristo: "en verdad que los publicanos y las meretrices se os adelantarán al reino de Dios" (Mt 2131).*

*Este sermón constituye una reflexión apasionada del artículo que presentamos sobre la mentalidad de S. S. el Papa Pío XII en el problema de la vivienda.*

No hay uno solo aquí, que no haya dormido en cama esta noche. Y ¿dónde están los pobres de Cristo?

Vosotros, que estáis aquí, seríais incapaces de aceptar en vuestra casa a uno de esos miserables. Esos miserables, por otra parte, no vendrían a vosotros. No se sentirían en su casa. Vosotros teneis casas confortables y algunos sutuosas. Hay también entre vosotros, quienes tienen casa que ocupan sólo en parte bien reducida. Estos ni siquiera se preguntan sobre la situación de los que no tienen casa. Vosotros despreciáis al borracho que



NUEVO Y VIEJO

vacila en la calle y a la prostituta que espera en la vereda, y vosotros os equivocais... Querría que reflexionáseis conmigo. ¿Por qué llegaron a este estado?

Es un matrimonio joven. El piensa fundar un hogar. La joven sueña en felicidad, amor. Sueña en transmitir la vida, ser madre. El joven obrero, sueña también en una vida hermosa, feliz.

Casados, no tienen habitación. En el tugurio, donde habitan, uno de los pequeños no resiste el frío, la miseria. Muere. Entonces el marido se echa a perder. Amargado, desesperado, se da a la bebida. Y la madre abandonada, solitaria, se pierde también.

Pero ese hombre, esa mujer triunfarán ante el tribunal del juicio. Ese día, se les verá levantarse y gritar: "Señor, nuestra vida fué despreciable, llena de amargura y descontento, descontento de nosotros y de los demás, es verdad. Pero, Señor, Tú que todo lo sabes, Tú sabes que nosotros no fuimos siempre así".

Y esos, que en nuestra suficiencia, despreciamos, dirán: "Señor, hubo un tiempo, cuando nosotros también éramos jóvenes de veinte años, llenos de ideales y de valor. Creíamos en la vida. Teníamos un corazón puro. Creíamos en la ley, en nuestra patria, en los hombres que vivían en nuestro tiempo. Nos atrevimos a casarnos y a aceptar un niño. Pero los niños molestaban a los vecinos. No tuvimos bastante dinero para encontrar alojamiento. Comenzamos a vagar de derecha a izquierda por todas partes. Luego llegó la desocupación. "Es verdad —dirá el hombre—, comencé a beber, comencé a aficionarme a las drogas, a convertirme en enfermo alcohólico. Pero —dirá al Señor—, ponte en mi lugar. ¿Qué quieres que haga por la tarde a la vuelta de la fábrica? Cuando llegaba, no había en el tugurio ni siquiera lugar para colocar una silla para sentarse. Los niños lloraban porque no tenían un rincón para jugar. ¿Qué quieres que haga sino ir al café, a la calle, a cualquier parte, para no oír los gritos y llantos después de un día de trabajo? Así se echó a perder mi vida humana. "Y mi mujer reducida a la miseria, con los nervios rotos, para huir del infierno del tugurio, y de los gritos de los niños enfermos y siempre insoportables, se entregó al desorden.

"Señor, agregaré, Tú eres justo, Tú lo sabes bien, nunca habríamos sido así, si en nuestra juventud, cuando todavía teníamos esperanzas, hubiese habido uno sólo en nuestra ciudad, entre esa gente de bien que por no dejar expuesto el barniz de lujo de su auto en la calle nos hubiese abierto su garage para poner al abrigo la cuna de nuestra criatura. Pero no hubo uno solo para hacer eso en esa ocasión. Y por esto vino nuestra miseria".

¿De quién es la falta? Vosotros no os preocupáis de saberlo. Pero, en seguida, cuando salgáis de la iglesia adonde habeis venido a rezar, les encontraréis en la calle, les volvereis el rostro y les despreciaréis.

Habeis construído un mundo donde la multitud no puede aspirar a la felicidad. ¿Qué digo a la felicidad? No puede aspirar al *mínimum vital*. Olvidáis la palabra de Dios. Hay páginas del Evangelio que no queremos leer palabra por palabra. Y si alguna vez se recuerdan, se hace con tantos comentarios e imágenes que no permiten comprenderlas. Cristo está mudo en el tabernáculo. Pero no se callará siempre. Un día volverá a hablar como antes. No nos pedirá cuenta de nuestras misas, limosnas, oraciones. No, no seremos juzgados por todo esto. Ese día habrá, tal vez, más sitio en el cielo para los borrachos y prostitutas que para vosotros.

“¿Sobre qué seremos juzgados?, preguntaron los discípulos. Es importante el último momento. No habrá vuelta. Después viene la perdición o la salvación.

Y Cristo dice solamente: “Yo volveré con todo el poder de la majestad y diré a cada uno: tuve hambre, tuve sed, estuve enfermo, no tuve habitación, estuve en la cárcel. Vosotros me disteis de comer, de beber, me visitásteis, me vestísteis, me disteis un techo. Venid benditos de mi Padre y poseed el Reino”.

Pero si habeis querido ver su desnudez, si no habeis sentido su hambre, si nada habéis hecho para alimentarle y darle habitación. El os dirá: “Nada me habeis dado. Idos. Sois malditos”.

Y nosotros replicaremos: “Pero, Señor, yo nunca falté a Misa los domingos, nunca omití una práctica de piedad...”

Entonces el Señor nos dirá: “¿Cómo te atreves a decirme eso, cuando no has tenido amor, no has tenido hambre y sed de justicia? ¿Te atreves a dar como excusas que has sido un católico práctico? Pero, si es así, vete, seas dos veces maldito, porque católico práctico sin amor y sin hambre y sed de justicia, tú me has hecho blasfemar, me has hecho maldecir por tus hermanos”.

Y Jesús agregará: “Todos mis mandamientos, mis sacramentos, la Misa, la oración, todo te lo dí con un solo fin: amar. Y si todo esto no te ha dado más amor, no quiero tu Misa, no quiero tus oraciones. Todo eso me inspira horror. Lejos de mí”.

Dios vomita nuestras Misas y nuestros actos de virtud. Estáis enloquecidos con las imprecaciones que suben al cielo, con las blasfemias. Y cierto que pueblos enteros en el mundo, hoy día levanta sus imprecaciones hacia el cielo y blasfeman de Dios. Es pecado vuestro porque sois una caricatura de cristianos. No ofrecéis al mundo más que una caricatura de la figura de Cristo. Deberíais temblar, si reflexionáseis en estas cosas.

Algunos, gentes de bien, escandalizados preguntan: “Cómo es Padre, que usted sea todo dulzura cuando habla a los no-cristianos, y en cambio se transforma en león rugiente al dirigirse a los buenos católicos?”.

Porque ser católico o simplemente cristiano comporta obligaciones. Muchos creen serlo sin mayor trabajo; van a Misa de doce el domingo y comulgan una vez al año, como quien toma una póliza de seguros. La Misa oída así no vale gran cosa. La comunión practicada en esa forma es muy vecina al sacrilegio.

Todos los cristianos son conscientes de los bienes temporales recibidos. Recibir sin procurar remediar la maldición de los que carecen de vestido y de los que están privados de habitación, es una falta de honestidad, una traición a la fraternidad cristiana. No faltaremos a la Misa el domingo; pero faltaremos cada día a Jesucristo en sus pobres que son el cuerpo y alma de Jesucristo.

Mientras exista una sola familia privada de habitación, no tenemos derecho a pensar en nuestro descanso, y vivir en la monstruosa ilusión de haber cumplido nuestro deber.